

Iglesia y Violencia Política en la Novela *El cristo de espaldas* (1952) de Eduardo Caballero Calderón

Pía Paganelli¹

Resumen: La novela de Eduardo Caballero Calderón forma parte del ciclo denominado la Novela de la Violencia Colombiana que da nacimiento a una tradición literaria nacional a partir de la representación del período histórico que atravesó dicho país entre los sucesos anteriores al 9 de abril de 1948, fecha del asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, hasta las operaciones cívico-militares contra las llamadas "Repúblicas Independientes" en 1965 y la formación de los principales grupos guerrilleros que persisten en la actualidad. El presente trabajo se propone investigar de qué manera la novela *El cristo de Espaldas* representa el fenómeno de la violencia política en Colombia a mediados del siglo XX, así como la función de la Iglesia dentro de dicho conflicto (teniendo en cuenta las reformas operadas a nivel mundial en la Iglesia católica a partir del Concilio Vaticano II), como evidencia de las repercusiones que el proceso histórico-político tuvo en el plano estético e intelectual colombiano de la época.

Palabras clave: Literatura latinoamericana; Violencia política; Iglesia católica; Teología de la liberación

Abstract: Eduardo Caballero Calderon's novel integrates the literary production of the Colombian Violence Novel, which founded a national literary tradition based on the representation of the historic period that Colombia went through between April 9 of 1948 with the murder of the popular leader Eliécer Gaitán, and 1965 with the military and civic operations against the "Independent Republics", and the creation of the most important guerrilla that go on today.

The present work tries to analyze how the novel *El Cristo de Espaldas* represents de politic violence in Colombia, as well how the role the Catholic Church played in that conflict, taking into account the reforms that occurred inside that institution during the sixties due to the Concilio Vaticano II, and the consequences to Latin America because of foundation of a new theology called Liberation Theology.

Keywords: Latin American Literature; Politic violence, Catholic Church; Liberation theology

1 Licenciada en Letras (UBA), becaria del CONICET (Comisión Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), doctoranda en Letras (Universidad de Buenos Aires, Argentina). piapaganelli@yahoo.com.ar

1. Introducción

El primer estudio sistemático sobre la Violencia en Colombia es el de Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna y Germán Guzmán Campos de 1962. Esos autores proponen una cronología que enmarca el denominado período de la Violencia (1945-1965) en un proceso comprendido entre los años 1930-1965. El primer momento al cual denominan de *violencia telética*² se abre con el asesinato del líder populista Eliécer Gaitán y el Bogotazo de 1948, y se extiende hasta el golpe de Estado del General Rojas Pinilla en 1953. Se trató de una fase de violencia principalmente político-partidaria favorecida por la ausencia del estado en grandes zonas del país. El segundo momento que Fals Borda denomina de *violencia plena* fue más sanguinario que el anterior pero reducido a menos zonas, especialmente a la región rural andina (Tolima, Huila, Caldas, Valle, etc.), y se cierra, según los autores, con la conformación del Frente Unido, un pacto de sucesión del poder entre el Partido Liberal y el Conservador, que duraría dieciséis años con alternancia de mandatos.

El ciclo denominado la Novela de la Violencia Colombiana da nacimiento a una tradición literaria nacional a partir de la representación de dicho período histórico. Según el crítico literario Oscar Osorio (2006), la novela *El cristo de Espaldas* de Eduardo Caballero Calderón se enmarca en una corriente dentro de dicha tradición, que encara al fenómeno de la Violencia desde una perspectiva sociológica, en tanto se trata de un escritor que no tiene una relación directa con el proceso narrado por tratarse de un escritor-periodista que desempeñó cargos diplomáticos. Por lo tanto, su abordaje está basado en conceptualizaciones académicas.

Dentro de este marco temporal, el presente trabajo pretende saldar los déficits que presentan los numerosos estudios dedicados al período de la violencia³ y que señala Gonzalo Sánchez en *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*

2 Dirección inteligente de fuerzas naturales y sociales llevadas hacia fines o metas deseadas.

3 En *Pasado y Presente de la Violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez propone una cronología en las corrientes historiográficas sobre el tema. Hasta mediados de los años setenta conviven una literatura apologética producida por las elites y las instituciones; otra literatura de corte testimonial; y una nueva literatura que propuso una descripción global del fenómeno (Guzmán, Umaña y Fals Borda, y Camilo Torres). A partir de los ochenta y los noventa se produjeron por un lado estudios anclados en una perspectiva más amplia que se proponía encontrar continuidades y rupturas; y, por otro lado, estudios anclados en enfoques regionales antes que globales.

(2007). Por un lado, el área de análisis de las “manifestaciones culturales de la violencia”, y por otro el análisis sobre el binomio Iglesia-Violencia, sobre el cual aún no hay trabajos realmente satisfactorios. En ese sentido, nuestra propuesta es la de abordar la manera cómo, desde el campo literario, la novela *El cristo de espaldas* (1952), de Eduardo Caballero Calderón, propone una representación del fenómeno de la violencia política, al igual que la importante función que asumió la Iglesia dentro de dicho conflicto, adelantando ciertas características de lo que será la Iglesia post conciliar de los años sesenta, que se instala a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965) y que dará lugar a la denominada Teología de la liberación, que tuvo el sacerdote colombiano Camilo Torres a su representante inicial.

2. Iglesia y bipartidismo en Colombia

La institución eclesiástica colombiana mantuvo una participación activa durante la Violencia, como uno de los instigadores principales de la intolerancia político-religiosa bipartidista. En 1886 los Conservadores promulgaron una constitución con el fin de “regenerar” a la sociedad “degenerada” bajo el liberalismo, de ahí el período denominado “Regeneración” a los casi 50 años de hegemonía conservadora que van desde 1886, con la promulgación de la Constitución de Rafael Núñez, hasta 1930:

La fórmula de regeneración de la sociedad consistió en conferirle un papel hegemónico a la Iglesia católica y a la religión en el manejo de la educación y en la regulación de la vida colectiva. De allí que la constitución del 86 se proclamara “en nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad” [...] El modelo de orden social impulsado por la Regeneración [...] se configuró alrededor del patriarcalismo en las relaciones familiares, de la subordinación de la mujer, [...] y del “temor a Dios” como principio fundamental del respeto a la autoridad (LÓPEZ DE LA ROCHE, 1993: 101).

En ese sentido, la religión católica se convirtió en la frontera divisoria entre los partidos liberal y conservador, lo cual “le confirió a la contienda política en Colombia un fuerte carácter sectario e intolerante. En el imaginario político de los colombianos se volvió un lugar común el asociar a los liberales como “rojos”, “ateos”, “librepensadores”, “masones”, “comecuras”, y a los conservadores como “godos”, “beatos” (LÓPEZ DE LA ROCHE, 1993: 106). Esta parcialidad de la Iglesia católica le valió un gran descrédito entre la opinión pública que se acentuó durante la gestión liberal (1930-1946) cuando se buscó redefinir las relaciones Iglesia-

Estado e Iglesia-Educación a través de una política de dirección y fiscalización estatal de la instrucción pública y privada (colegios religiosos incluidos), y de la recuperación por parte del poder civil de una serie de funciones y prerrogativas delegadas tradicionalmente a la Iglesia.

El periodo liberal no modificó sustancialmente la tradición cultural conservadora, más aun en la zona rural en donde la férrea cultura religiosa ofreció resistencia a los intentos modernizadores. Por lo tanto, no se logró una transformación en las relaciones sociales, ni en las zonas rurales, ni en algunas ciudades como Medellín por ejemplo, que todavía se encontraban bajo estricto control religioso. Es por ello que, en 1946 con el retorno del partido conservador al poder, se reactivaron las antiguas relaciones paternalistas y cristiano-caritativas en todos los órdenes, especialmente en la zona rural.

Existe una unanimidad en establecer el origen del proceso de violencia política del siglo XX a partir de la década del treinta que marcó la llegada del Partido Liberal al poder y la famosa masacre perpetrada contra la huelga de trabajadores del sector bananero de la United Fruit cerca de Santa Marta en 1928 – plasmada en la reconocida novela de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad* – que sirvió para catapultar a una figura emblemática dentro del escenario político de mediados del siglo XX: Jorge Eliécer Gaitán.⁴ La denuncia que realizó Gaitán contra ese hecho, le permitió cosechar apoyo popular, el cual se profundizó gracias a su función como alcalde de Bogotá en los años treinta y como Ministro de trabajo, higiene y previsión social en los cuarenta. El crecimiento de la figura de Gaitán incidió en la escisión dentro del Partido Liberal, pues condujo a la formación de un vasto movimiento popular de tendencias izquierdistas que logró aglutinar a los sectores populares excluidos (obreros, grupos urbanos y campesinos) y quebrar la base oligárquica del partido liberal:

El rígido sistema social vigente impidió que el movimiento gaitanista quedara institucionalizado de derecho en reconocimiento de los hechos [...] Algunas clases dirigentes y las “oligarquías” de ambos partidos tradicionales, coaligadas por la seria amenaza a sus intereses, tomaron entonces las riendas

4 La fracción izquierdista del Partido Liberal liderada por Gaitán decide escindirse y conformar en 1933 el UNIR (Unión Nacional de la Izquierda Revolucionaria) de orientación socialista. Gaitán se reincorpora al Partido Liberal al ser convocado por López Pumarejo para hacerse cargo de la alcaldía de Bogotá.

del Estado para efectuar la contrarrevolución (FALS BORDA, GUZMÁN CAMPOS Y UMAÑA LUNA, 2009: 450).

En este estado de cosas, el asesinato de esa figura emblemática y la consecuente revuelta conocida como el Bogotazo del 9 de abril de 1948, se constituye en la irrupción espontánea de las masas en el ámbito urbano que marca la clausura de un proyecto de democratización y el inicio de una escalada de violencia contra las masas que tendría en el ámbito rural su principal escenario:

Las fuerzas en pugna se polarizan: de un lado la policía férrea, amenazante, incontenible, anarquizada ya, despiadada e intervenida por los testaferros del sectarismo; de otro, un núcleo denso de resistencia civil, ordenada por los jefes del Partido Liberal, que se organizan en algunos pueblos o veredas bajo la capitania de prófugos y desertores que la capitalizan y convierten en abierta lucha armada. Al fondo una masa campesina perseguida que se defiende como puede (FALS BORDA, GUZMÁN CAMPOS y UMAÑA LUNA, 2009: 280).

El asesinato de Gaitán desató una ola de violencia social que muchas veces se tiñó de anticlericalismo al asociar a la Iglesia con el partido conservador y la oligarquía (principales sospechosos de asesinar al líder). Durante el Bogotazo la multitud asaltó y quemó iglesias y conventos, y posteriormente durante la organización guerrillera en la zona rural, muchos sacerdotes fueron secuestrados por esta misma (como el padre Girao Bilbao secuestrado por la guerrilla en Cundinamarca).

3. Bipartidismo, violencia fratricida y literatura

La novela *El cristo de Espaldas* al ser del año 1952 se desarrolla en pleno conflicto bipartidista en la región rural andina, representado en términos de una disputa familiar. Entre ambas familias lideradas por gamonales, se encuentra el pueblo encarnado en la figura sufriente del campesino, como rehén de un conflicto dentro del cual participa sin conciencia ni beneficios, casi por inercia:

Mientras no había elecciones, cuando los requería para que se matasen unos a otros, los campesinos continuaban escarbando la tierra con su arado de chuzo, bajo las lluvias torrenciales y entre las cerrazones del páramo. Su miserable jornal no se alteraba porque menguara o creciera la fortuna de los gamonales [...] Los campesinos eran los siervos, los desposeídos, los miserables.

Su tierra quedaba siempre expuesta a los caprichos de los caciques que los echaban de ella cuando les venía en ganas [...] Pero por fuerza de inercia que en el fondo no era sino miseria e ignorancia, los campesinos eran liberales si habían nacido en la finca de don Pio Quinto Flechas, en el páramo, y conservadores, si alguna vez recibieron cepe y latigazos en la hacienda de los Piragua (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 74).

Teniendo en cuenta esos actores sociales, la novela pretende dar cuenta desde un estilo más descriptivo y reflexivo, de las consecuencias que tuvo la violencia política desatada en la zona rural, tales como, la desorganización familiar, la migración forzosa de poblaciones enteras, la usurpación de tierras indiscriminadamente tanto por parte de liberales como de conservadores, la desarticulación de la clase dirigente, y el surgimiento de grupos armados de autodefensa campesina como respuesta a la acción punitiva de “pájaros”, es decir, de asesinos a sueldo.

La violencia se desata en la novela cuando el gamonal conservador del pueblo, Don Roque, es misteriosamente asesinado. A partir de ese momento, su cuerpo putrefacto aparece como símbolo de la decadencia moral de todo el pueblo y de la omnipresencia de la muerte y la venganza. En clima de elecciones, se señala al asesinato como crimen político y se culpa a uno de sus hijos no reconocidos, Anacleto, por su origen liberal. Mientras que su otro hijo, Anacarsis, de origen conservador, es apoyado por el consejo de notables del pueblo en dicha acusación. Ese conflicto pone en tela de juicio el concepto de verdad en contraposición a la circulación del chisme como base del funcionamiento de la política colombiana. Lo sombrío y difuso del paisaje se traslada entonces a la imposibilidad de acceder a la verdad en un contexto de corrupción política, en el cual la opinión pública es víctima de una manipulación por parte del poder político, y responde ciegamente a la información que le ofrecen: “Y los chismes giraban en torno a la plaza como pasavolante, y al regresar al sitio de origen, que era el atrio donde conversaban los notables, ya se habían desfigurado a tal punto que nadie podría reconocerlos” (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 107).

Esa disputa familiar tiene como móvil la reivindicación de una herencia, es decir, que el germen del conflicto será la propiedad de la tierra. Tema clave para entender el fenómeno de la violencia en Colombia, ya que durante dicho conflicto muchas tierras fueron expropiadas abusivamente en función de quien se encontrara en el poder en cada período:

Agua Bonita es un criadero de ovejas y sembradero de papa, que perteneció a la madre de Anacleto, la hermana de Don Pío Quinto Flechas, a quien sacaron como a una de ellas hacía tres años. La cosa se presta para chistes en el pueblo. Este cambió de dueño y de don Pío Quinto pasó a don Roque. Agua Bonita que debería ser de Anacleto, hijo legítimo de don Roque Piragua, y de la hermana de don Pío Quinto Flechas, iría a parar a manos del Anacarsis, su medio hermano por parte de padre (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 66).

La Hacienda, Agua Bonita, se presenta entonces como metáfora de Colombia. Un territorio escindido a causa de una disputa por su apropiación, caracterizada por un tipo de liderazgo político que antes que descansar en proyectos e ideales, se forja sobre la concentración de la tierra y el dominio económico.

En medio de ese conflicto, un cura nuevo llega al pueblo para obrar como juez y mediador asumiendo un rol pastoral, lo cual anticipa algunos rasgos de los teólogos de la liberación latinoamericana. El joven cura enfrenta un paisaje simbólico de vacío y decadencia: la ausencia de luz eléctrica, la Iglesia como un edificio abandonado, saqueado. En ese contexto, el cura joven pretenderá resolver el conflicto de la violencia retornando a los valores primigenios del Evangelio, la caridad y el amor al prójimo, principios que puestos en contexto, fuera de la abstracción y ritualismo religioso, asumen claras connotaciones políticas:

En una sociedad pre-industrial, como la descrita, con una evidente diferenciación de clases sociales, la religión es particularmente ritualista, llena de formalidades, cohesionadora en torno a un sistema de valores que consagran el "*statu quo*" institucional. La participación del pueblo en los actos religiosos se hace más por temor a violar las normas establecidas o a desobedecer las recomendaciones del cura que por convicción religiosa. Así, la práctica se torna mecánica, vacía, pero eso sí, afianzadora de la tradición (BEDOYA Y ESCOBAR, 1989: 158).

La acción se encuentra estructurada de forma cronológica en un diálogo intertextual con el episodio de la "Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús", que narra el Evangelio (la acción transcurre entre la noche del jueves y termina el lunes por la mañana), así como con la historia bíblica de los hermanos Caín y Abel,⁵

5 Cabe señalar que el autor retoma esta temática en otras dos novelas: *Caín* (1968) y *Historia de dos hermanos* (1976).

avalada por la utilización de un pasaje del Evangelio de San Mateo como epígrafe: “Entonces un hermano entregará a su hermano a la muerte, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir. Y vosotros vendréis a ser odiados de todos por causa de mi nombre, pero quien perseverase hasta el fin, este se salvará” (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 9). Estos procedimientos proponen una mirada de tipo moral sobre el fenómeno de la violencia, planteada en términos de guerra civil, que enfrenta no sólo a dos generaciones (padre-hijo), sino también a pares (hermanos), demostrando la creciente complejidad y perduración del fenómeno.

La geografía andina permite estructurar la acción en un espacio simbólico, entre el pueblo alto y el pueblo bajo. Las metáforas religiosas de lo alto y lo bajo, así como de la luz y las tinieblas estructuran la acción y consagran el poder del Partido Conservador en el pueblo alto, mientras que recluye a los liberales en el pueblo bajo. Sin embargo, se invierte el orden luz/tiniebla y se adjudica un paisaje ensombrecido, neblinoso, lluvioso y fantasmal al pueblo de arriba al cual llega el cura joven, mientras que en el pueblo de abajo destaca el despunte de la naturaleza. Como espacio simbólico, el pueblo alto se caracteriza por ser un páramo, de ahí que sea el escenario donde se desarrollarán los enfrentamientos entre los dos partidos políticos. En medio de esos dos pueblos, se presenta un espacio al cual el narrador no accede, pero que aparece como amenaza permanente, el Llano Redondo, donde reside amenazante la guerrilla Liberal.

La novela despliega ya en el capítulo séptimo, que se desarrolla el domingo por la tarde, la violencia de los enfrentamientos entre liberales y conservadores. Los incendios, las mutilaciones de los campesinos, los desplazados, es decir, toda la imaginería de la violencia en Colombia, que se acentúa en el último capítulo planteando la imposibilidad de cambio: “Las armas siempre triunfan sobre las letras en las democracias – dijo el notario al registrar su triunfo; y aquello era una democracia” (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 203). El cura joven es destituido de sus funciones por inmiscuirse en política intentando ser neutral frente al conflicto, y se impone finalmente la ley de la espada, la verdad confesada que podría esclarecer el crimen de don Roque queda enterrada, demostrando que la democracia colombiana se funda sobre el poder económico del que detenta las armas, de los que controlan los medios de comunicación y dirigen por tanto a un pueblo ignorante y empobrecido que ha perdido sus tierras, con una política del terror:

Estaba harto y conmovido en lo más profundo de su alma por aquella terrible ola de crímenes, saqueos, incendios, persecuciones, odios y venganzas que azotaban toda la provincia [...] Mientras hubiese hombres armados, con fusil al hombro, que eran torpes campesinos aunque se llamasen guardias, cualquier suceso desgraciado como el crimen de don Roque pararía, inevitablemente, en un combate sangriento [...] ¿Por qué se culpaba a los desgraciados campesinos de crímenes que no habían cometido, o de cometerlos, no los habían planeado? ¿Por qué hacer invivible la tierra de Dios, esta buena tierra que da al pobre su pan y su trabajo? [...] ¿Por qué quieren los ricos resolver sus problemas a expensas de los pobres, y los fuertes a costa de los débiles, y los que mandan, con mengua y para escarnio de los que obedecen? (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 206-210).

4. Entre lo nuevo y lo viejo: una disputa teológica

La novela presenta un desajuste en la dicotomía alto-bajo. En lo alto se encuentra el páramo, la falta de vida, el paisaje lúgubre, la violencia; mientras que en el pueblo de abajo reina cierto entendimiento. En ese sentido, la inversión de dichas metáforas se trasladan también a la dicotomía que sostiene la teología tradicional entre materia-espíritu, y por lo tanto, permite reivindicar el valor de lo bajo, lo material por sobre lo estrictamente espiritual, tensión que estructura toda la acción narrativa. El aspecto sociológico que señala Osorio en la novela aparece a partir del personaje del cura, ya que es el único personaje del cual se conoce su interioridad y que por lo tanto, reflexiona sobre el fenómeno de la violencia. El lector accede a sus cavilaciones sobre su función como religioso permanentemente tensionado entre cumplir una mera función espiritual, de asceta, o la de asumir un rol pastoral, de trabajo con el pueblo, de compromiso material. Tensión que caracteriza a la Iglesia católica en los años sesenta, y que la Teología de la Liberación resolverá dando lugar a una Iglesia que prioriza el segundo polo de dicha dicotomía.

En el personaje del cura joven se esbozan algunos rasgos de la Iglesia que tomará forma en América Latina en los años sesenta. Se trata de un cura que desiste de formarse como religioso en Europa y, por el contrario, elige realizar sus funciones en una Iglesia pobre de un pueblo azotado por necesidades materiales. En tanto la verdadera función evangélica es pastoral, tal como aparece señalado en el epígrafe que encabeza la novela: “No podía concentrar su pensamiento en temas nobles y elevados, porque las ruindades del ambiente le tiraban hacia abajo, y eran cardos y espinas que le enredaban la sotana” (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 115).

La experiencia del cura en el pueblo rural le permite poner en práctica la palabra del Evangelio. Es decir, toda la experiencia que realizará el cura como una forma de proceso de aprendizaje se verá atravesada por la tensión entre su formación teórica y la práctica que lo lleva a reactualizar la primera. La única manera de que el Evangelio sea palabra viva es que se la entienda en contexto y no como mera abstracción teórica:

La preocupación literaria y gramatical, tan vacua, tan mundana, perjudica la exégesis. Cristo habló en palabras sencillas y transparentes como el agua [...] Se refería a hechos, costumbres y cosas, íntimamente familiares a los pastores, los pescadores, los artesanos, los obreros y los campesinos que fueron en esa tierra de bendición los primeros hombres de Cristo [...] la doctrina de Cristo, para los apóstoles de los nuevos tiempos, solicita un don de comprensión y exposición que sirva para actualizar la divina enseñanza (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 49-50).

El procedimiento del uso diferido de la intertextualidad bíblica en la novela (es decir, el hecho de que los cuatro días en los que transcurre la acción no reproduzcan literalmente la historia de la Pasión y muerte de Jesús) es la expresión literaria de la tesis que plantea el cura, a saber, que el texto bíblico no es mera abstracción teórica sino que se reactualiza en contexto, históricamente. De aquí que el autor de la novela pretenda aplicar la historia de Jesús a la historia contemporánea colombiana. Tanto es así, que cada escena nueva de violencia que vive el pueblo le permite reinterpretar el texto bíblico, y reflexionar sobre los verdaderos valores cristianos. Ese regreso al texto fuente es lo que hará la Teología de la Liberación, al reinterpretarlo desde la realidad de violencia y opresión latinoamericana: “Nunca en el seminario, cuando meditaba en la Pasión de Nuestro señor Jesucristo, había logrado comprender ciertos pasajes, que a pesar de la explicación de los exégetas le parecían oscuros y misteriosos, porque su espíritu no había pasado por semejantes experiencias” (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 112).

Este camino anclado en la praxis experiencial, conduce al cura joven a reivindicar el pilar del mensaje evangélico: el amor al prójimo, la caridad. Principios que serán claves en el pensamiento teológico de Camilo Torres.⁶ La reflexión

6 Antes de su participación activa en la revolución, Camilo Torres fue delineando su teología, la cual se radicalizó a partir del mayor contacto con las comunidades de base que visitó y a su mirada sociológica sobre la realidad colombiana. La Teología Camilista fue la primera en establecer una distinción entre el mensaje del evangelio y la Iglesia como institución, la cual siempre había sido funcional a la oligarquía y al poder político. Camilo Torres partió de la premisa cristiana de “Amor al

del cura se centra en el alma humana, que percibe como cada vez más alejada de los buenos sentimientos:

La caridad es una energía creadora que se expande y se comunica a los otros, pero sólo ahora comprendía que hay obstáculos que la detienen y la paran como una selva de hojarasca [...] Para entender a nuestros semejantes y juzgarnos a nosotros mismos, debemos adoptar el punto de vista que tuvo Cristo en la cruz [...] Los hombres se combaten, se odian y se destruyen, porque no se aman entre sí. Su perspectiva visual, a ras de tierra, es tan torpe y limitada que fatalmente interfiere la perspectiva de los otros [...] El gran pecado es la ignorancia de Cristo, cuya consecuencia es la dureza del corazón que ciega la fuente de aguas vivas que es la caridad (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 113-114).

En este sentido, la tesis de la novela al poner en contexto el texto bíblico, es decir, al restituirle su dimensión histórica, termina sosteniendo el carácter político del texto, independientemente de la exégesis a la cual sea sometido. De allí su reflexión sobre la moral cristiana. La moral en tanto característica del hombre histórico, es histórica, y por ende, política, y no abstracta como sostiene la teología tradicional:

a veces lo asaltaba el pensamiento atroz de si la moral no sería una abstracción descarnada de toda realidad [...] Entonces la moral, que pide al hombre una identidad absoluta con Dios [...] es una especie de matemática de la conducta, que se refiere a hombres esquemáticos e ideales, idénticos solo al concepto que los teólogos, los moralistas y los santos tienen de lo que son los hombres [...] La moral cristiana solo puede operar en hombres ideales que se identifiquen totalmente con Cristo: pero esos hombres no existen porque si existiesen dejarían de ser hombres para comenzar a ser dioses [...] Y sin embargo, hay que salvar al hombre [...] Hay que vivir con caridad. La caridad es el amor de los hombres en Cristo y también la ternura del corazón que en Él sosiega y satisface. Sin caridad, la moral sería una estéril matemática... Solo la caridad puede lograr el milagro de que los hombres, sin dejar de serlo, comiencen a ser dioses (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 219-220).

La moral fundada sobre el concepto de caridad es la clave para desarticular la violencia social, según sostiene el cura joven. De aquí la ambigüedad del título de la novela, ya que abandonar el principio de la caridad y desconocer que dicha palabra tiene una dimensión histórico-política, implica darle la espalda a Cristo, y no supone por el contrario, que Cristo le haya dado

prójimo" y se valió de ella para justificar gracias a su mirada sociológica, el accionar revolucionario como consecuencia necesaria y eficaz ante el estado de cosas imperante en Colombia.

la espalda al hombre como sostiene la Iglesia tradicional a partir de las ideas abstractas de castigo, culpa y pecado: “El Cristo no se me volvió de espaldas, excelencia, porque yo lo siento vivo y ardiente en mi corazón y mi corazón no me engaña. Verá su excelencia: lo que ocurre es que los hombres le volvieron las espaldas a Cristo” (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 230).

Al mismo tiempo que el cura mira hacia fuera, hacia el hombre para entender qué ha sucedido con él, vuelve dentro de sí mismo para preguntarse cuál es su función como cura, para replantearse su función eclesial. Al hacer eso rechaza las jerarquías propias tanto en el interior de la institución, como en la relación terrenal de la institución con el pueblo: “Me falta caridad pensaba. Porque no pude colocarme dentro de ellos mismos para comprenderlos, ni me levanto de mi pobre orgullo mortal hasta el ardiente corazón de Cristo para perdonarlos” (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 145). El cura joven defiende una Iglesia que no se alía con el poder, sino que al contrario predica un mensaje realmente ecuménico de igualdad. Lo que dentro del contexto de violencia supone una actitud conciliadora y de mediación: “no reconozco enemigos, ni acepto ovejas de dos pelambres, ni tolero que las blancas nieguen a las negras por no ser blancas, su derecho a oír mi voz que es la palabra evangélica” (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 55).

El contraste entre la Iglesia tradicional y la Iglesia renovadora que aparecerá en los años sesenta, se pone en evidencia en el diálogo que el cura joven sostiene con el cura viejo. Todavía en el año 1952 los intentos de renovación eclesial se encontraban en germen, de ahí que se produzca un contraste entre el monólogo del cura viejo que impone su visión, y las pequeñas intervenciones del cura joven, que se limitan a reflexiones individuales que no pueden ser expresadas públicamente. En consecuencia, se asiste al contraste de dos paradigmas. El cura joven reivindica la posibilidad de reformar al hombre si primero se le brindan las condiciones materiales de desarrollo (mejorar las tierras, la escuela, traer luz eléctrica), y sostiene una postura de conciliación de clases basada en la caridad cristiana que permita que los notables del pueblo contribuyan en la mejora material de las condiciones de vida. Por el contrario, el cura viejo, aliado al partido conservador:

[...] creía honradamente el buen hombre que los liberales son ateos, los ateos masones [...] alienta una especial predilección

por los conservadores del pueblo [...] En materias religiosas tenía el concepto de que todos los feligreses son tacaños [...] Con las beatas, sólo cabía la paciencia. Con los pobres bautizarlos, casarlos, confesarlos, y ayudarles a bien morir, cosa harto trabajosa, pues la mayor parte dan en morir en los sitios más incómodos y escarpados [...] Y como el cura joven insinuara de paso aquel tema de la caridad, que no se le caía de los labios, el viejo le dijo que para que el pueblo le practicara a la fuerza, porque espontáneamente no la hacía, se habían inventado los bazares (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 170-171).

En el último capítulo aparece la frustración de cambio, en tanto la Iglesia tradicional aliada al poder conservador decide destituir al joven cura por haberse involucrado en política. Dicha destitución aparece literariamente como una epístola del obispo insertada dentro de la acción narrativa y que contiene todas las acusaciones realizadas por los representantes del partido conservador. La acusación del cura viejo lo culpa de ingenuo, infantil de espíritu y tierno de corazón para desempeñar su cargo; el notario y el alcalde lo culpan por intervenir en la política del pueblo.

De esta manera aparecen los dos argumentos básicos con los que han sido subestimadas las acciones de la nueva Iglesia latinoamericana. Por un lado adjudicar la rebeldía a una característica exclusiva de la juventud y, la ingenuidad a enfermedad, quitándole toda la densidad política y programática a dicha postura, y por otro lado, la acusación de la no intervención de la Iglesia en política, cuando en realidad la aceptación de una postura apolítica implicaría defender el *status quo* como lo ha hecho históricamente la institución eclesiástica en Colombia:

desde el día que llegaste a aquel plácido y acogedor retiro que tú soñabas, el páramo se convirtió en un infierno [...] los curas de pueblo no deben ocuparse de política, pero si lo hacen debe ser por lo alto, es decir con los buenos y no con los malos, “no con los liberales sino con los conservadores” (CABALLERO CALDERÓN, 1990: 227).

5. Conclusiones

La novela aborda el conflicto de la violencia en Colombia basándose en la disputa bipartidista, tal como se caracterizó en sus comienzos. En el ámbito literario, dicho conflicto se presenta a partir de una serie de motivos que aparecen duplicados y contrapuestos, señalando lo inconciliable de los mismos, pero haciendo

dialogar dicha oposición. Dos familias, dos hermanos, dos partidos políticos, dos iglesias, dos pueblos, campesinos-gamonales, lo alto y lo bajo, la luz y la penumbra, lo espiritual y lo material. Todos los cuales se engloban en una dicotomía mayor, clave de la reflexión sociológica a la cual se asiste a través del personaje del cura: la oposición entre lo ideal y lo real. En definitiva lo que la novela propone es una problematización del concepto de Verdad en un contexto de confusión y corrupción política. Si no se puede acceder a la verdad por hallarse en un plano de corrupción moral que todo lo desvirtúa, es entonces en la palabra del Evangelio donde el hombre debe ampararse para no sucumbir. Pero un Evangelio que ya no descansa en lo espiritual y metafísico, sino que asume una densidad política al pensarse desde la realidad histórica.

La novela propone una reivindicación de los valores evangélicos de la caridad y el amor al prójimo como claves para desarticular el problema de la violencia. De ahí la aparición de un nuevo paradigma eclesástico: una Iglesia que hace hincapié en la reforma material del hombre para luego reformarlo moralmente, a partir del entendimiento histórico de la palabra bíblica. Esos rasgos que acentuará la Iglesia latinoamericana en los años sesenta, se encuentran en la novela todavía en germen. Y esto así, porque en la novela finalmente se impone el paradigma teológico tradicional del cura viejo que resulta funcional para perpetuar el conflicto político y consagrar el poder del Partido Conservador. Esta mirada pesimista frente al fenómeno de la violencia desde el paradigma eclesástico se produce en tanto aún no se problematiza, como sí sucedió en los años sesenta, la figura histórica del oprimido como actor de su propia liberación. Si bien la figura del campesino aparece problematizada, no se produce así, una crítica sustancial al problema de lucha de clases que subsume dicha conflictividad política y por lo tanto, la novela continua reproduciendo la mirada tradicional en torno a la figura del campesino-oprimido, es decir, la de un individuo pasivo incapaz de convertirse en sujeto histórico de su liberación.

Referencias bibliográficas

BEDOYA, Luis Iván; Escobar, Augusto. Religión y contexto social en El Cristo de espaldas. In: UNIÓN NACIONAL DE ESCRITORES (Ed). *Ensayos sobre literatura colombiana y latinoamericana*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1989, p. 150-184.

- CABALLERO CALDERÓN, Eduardo. *El cristo de espaldas*. Bogotá: Panamericana, 1990.
- FALS BORDA, Orlando; GUZMÁN CAMPOS, Germán; UMAÑA LUNA, Eduardo. *La violencia en Colombia*. Bogotá: Taurus, 2009.
- SÁNCHEZ, Gonzalo. *Pasado y Presente de la violencia en Colombia*. Medellín: La carreta editores, 2007.
- LÓPEZ DE LA ROCHE, Fabio. Tradiciones de cultura política en el siglo XX. In: CÁRDENAS RIVERA, Miguel Eduardo (Coord.). *Modernidad y sociedad política en Colombia*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1993, p. 95-160.
- OSORIO, Oscar. Siete estudios sobre la novela de la violencia en Colombia, una evaluación crítica y una nueva perspectiva. In: *Poligramas*, Cali: Universidad del Valle, n. 25, jul. 2006. Disponible en: <<http://poligramas.univalle.edu.co/25/osorio.pdf>>. Accedido en: 15 ago. 2010.